

SERMON

DE ACCION DE GRACIAS,

predicado en el convento de S. Antonio Abad de Granada, con el motivo del Capitulo Provincial de los RR. PP. de la Tercera Orden de Penitencia de N. S. P. S. Francisco, celebrado en 5 de Julio de MDCCLXXXIII.

Confiteor tibi Pater, Domine cæli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelastæ ea parvulis. Matth. XI.

Yo te alabo, Padre y Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes (segun la carne), y las descubriste á los párvulos.

Asi habla (P. Rmo., Ven. Provincia, congreso de sabios), asi habla nuestro

Redentor Jesucristo, dando gracias á su Padre celestial en ocasion de haber hecho las elecciones de sus discípulos, destinados á la predicacion del evangelio y gobierno de su iglesia; y con las mismas palabras no dudo yo comenzar la solemne Accion de gracias que da al Todopoderoso esta santa Provincia, no solo por el singular beneficio que acaba de recibir en la eleccion pacífica de un superior igualmente sabio que prudente, y de unos conjuces tan celosos como ilustrados, sino principalmente por habernos dado en nuestro origen un padre tan esclarecido en virtudes y tan benemérito de la iglesia; hablo de nuestro patriarca S. Francisco de Asis, este héroe de la ley de gracia, que á la pureza de los serafines supo unir el celo de los apóstoles: este héroe de la pobreza evangélica, sobre quien puso el mismo Dios sus ojos para los mas altos designios de su Providencia: este héroe favorecido del cielo

con la viva imágen de Jesucristo: este héroe, reparador del santuario por el cúmulo de sus virtudes, y objeto de la aclamacion pública por el esplendor de su piedad, por el rigor de sus ayunos, por la austeridad de sus penitencias, por el desprecio que hacia del mundo y de sí mismo, por el celo de la honra de Dios y de su casa: este héroe glorioso aun sobre la tierra, colocado por el Señor á la frente de un pueblo indigente y numeroso, que pone en Dios toda su confianza, segun la expresion de Sofonías, y que abunda baxo la mano benéfica de su altísima Providencia: este héroe.....

Mas para qué me canso, si no es posible reducir á compendio todas las bellas calidades y singulares privilegios con que Dios se dignó honrar á su fiel siervo Francisco, ni numerar todos los justos títulos que nos obligan á dar al Señor las mas rendidas gracias por habernos dado un padre tan ilus-

tre? Cíñome pues por ahora á proponeros la consumada prudencia con que desempeñó el ministerio de reparador de la iglesia que le habia encargado Jesucristo. Bastará echar brevemente la vista sobre su preciosa vida para descubrir los admirables rasgos de su prudencia, objetos dignos de la imitacion de todos sus hijos, tanto los súbditos como los prelados. La materia, si no delicada, es interesante, propia de esta cátedra y de las circunstancias. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la poderosa intercesion de María santísima. *Ave*

MARIA.

Confiteor tibi Pater &c.

Cuando pretendo ensalzar la prudencia con que nuestro patriarca seráfico, para que sus hijos le imitasen,

supo conducirse á sí mismo y á sus súbditos, á fin de reparar la iglesia, no entiendo por *prudencia* cierto género de astucia criminal, propia de los sabios del mundo; prudencia con que acostumbran disimular los ardides de su corazón, ocultando el verdadero sentido de las palabras, para que lo falso pase por verdadero, y lo verdadero por falso; prudencia detestable, que los jóvenes aprenden con el uso, que los hace orgullosos, que les inspira amor á los honores, convirtiéndolos en esclavos de la vanidad, y víctimas de la ambición; prudencia que compensa con otros mayores los agravios que recibe, y que cuando la faltan fuerzas para ello, enseña á disimular con una paz aparente lo que no puede vengar con su malicia; prudencia totalmente carnal, característica de los hijos del siglo, y en que estos se aventajan mucho á los de la luz, según la expresión de Jesucristo; prudencia abominable, y que con mas

justo título merece nombre de malicia, como la llama S. Gregorio; prudencia en fin réproba, condenada por el evangelio, y que Dios confundirá según su oráculo.

Hablo pues de una prudencia que no sabe fingir; que ama, y no disimula la verdad; que sabe mas bien sufrir que cometer la ofensa; que no busca las ocasiones de vengarse; que coloca su mayor gloria en tolerar oprobrios por defender la verdad; que enseña á orar por los enemigos; que ama la pobreza y la humillacion; que desprecia los bienes de la tierra por adquirir los del cielo; que busca y sigue á Jesucristo con la cruz de la mortificacion; que cela en fin la gloria de su Dios.

A esta virtud sublime, aunque reputada comunmente por necedad y locura entre los mundanos, doy nombre de *prudencia*; prudencia que el Padre celestial oculta á la penetracion de los sabios según la carne, y que

solo revela á los párvulos ó humildes segun el evangelio; prudencia que modera las virtudes, que sazona y dirige los ejercicios de piedad, ordenando los medios á su fin; prudencia que distingue la crueldad de la justicia, la fortaleza de la temeridad, la piedad de la supersticion, la presuncion de la esperanza, el temor de la pusilanimidad. A esta pues, que es la de la salud, llamo verdadera *prudencia*, y en ella afirmo que hizo Francisco maravillosos progresos en desempeño del ministerio de reparador de su iglesia con que le habia honrado Jesucristo, y para enseñanza nuestra asociados al mismo por herencia. Economía santa, superior á toda fortaleza, como se explica el sabio, y que elevó á nuestro padre seráfico á tan alto grado de excelencia, que debe ser mirado por todos como el siervo fiel y prudente del evangelio, constituido por Dios sobre su familia.

Reflexemos. Nace Francisco en el

seno de la esplendidez y la abundancia; mas aunque empeñado en el comercio del siglo, jamas perdió de vista el grande y único negocio de la eternidad. Oye la voz de Dios como otro Samuel, y la obedece como otro Paulo. Renuncia de la opulencia y de los intereses mundanos, y con prudencia cristiana se entrega á Dios sin reserva. Verdadero imitador de Jesucristo se retira al desierto para triunfar de su enemigo. Firme en el propósito de buscar á su amado, ni se intimida con las amenazas de su padre, ni le abaten los malos tratamientos que éste y los demas parientes le hacen sufrir. Fixo en la imágen de Jesucristo desnudo sobre la cruz, elige por su patrimonio la pobreza, renunciando ante el obispo de Asis no solo de sus derechos, sino tambien de sus vestidos, y hasta de su misma filiacion, diciendo á su padre con entereza y alegria: hasta aqui os he llamado padre en la tierra, pero desde ahora diré con mas confianza:

Padre nuestro, que estás en los cielos, en quien pongo toda mi esperanza, y quien es todo mi tesoro.

Libre ya por medio de esta resolución generosa de los vínculos de la carne y de la sangre, para seguir mas de cerca á Jesucristo huye á la soledad, donde habla Dios al corazón. Allí como inocente paloma gime entre las cavidades de las peñas, alaba y bendice á su Criador, contempla sus maravillas, le da continuamente gracias por haberle sacado como á otro Abraham de la Ur de los caldeos, y emprende un género de vida austera, mortificada, penitente, á imitación de su Gefe, de Elías y el Bautista.

¡Qué sería ver á Francisco, este nuevo morador de los desiertos, convidando á las aves y á las bestias á que le acompañasen en las alabanzas de su Criador! El silencio de la noche, como se explica un orador de nuestro siglo, el mormullo de los arroyuelos, el suave canto de las aves, el cielo, este libro

abierto y elocuente de las maravillas del Señor, ¡qué estímulo para Francisco! ¡qué incentivo para amar á su Dios! ¡qué poderoso motivo para cantar sus alabanzas, y publicar su gloria y su magnificencia! ¡qué consolaciones no recibe en su conversacion con el Señor! ¡qué dulzura en la contemplacion de sus adorables perfecciones! ¡qué raptos en la consideracion de sus grandezas! Vosotros, vanos amadores del siglo, no teneis idea de estas sublimes ventajas, que solo sabe apreciar y dirigir en los justos la prudencia de la salud eterna, único fin de nuestra peregrinacion, y objeto de nuestros desvelos.

Bien hubiera querido Francisco vivir siempre en su amada soledad ignorado del mundo, y solamente conocido de Dios. Pero la luz no fue criada para que estuviese oculta, sino para ser colocada sobre el candelero, é iluminar á todo el mundo. El Señor, que le destinaba para sus altos fines, hizo

volar por todas partes la fama de su santidad. Los poderosos, los pobres, los ignorantes, los sabios, todos hablan de Francisco como de un hombre de Dios; respetan sus virtudes y solicitan su dirección.

El mismo Jesucristo le inspira aquella máxima de su divina prudencia; conviene á saber, que no es bueno vivir para sí solos, sino que es menester trabajar para el bien de los demas: y queriendo que este nuevo Abraham, que habia salido de su casa y de su tierra por obedecerle con fidelidad, fuese célebre por su nombre y por una innumerable descendencia, le llena de bendiciones para constituirle como á siervo fiel y prudente sobre una dilatada familia, que acreditase eternamente sobre la tierra la Providencia de su Señor, y que fuesen obreros infatigables de su viña. Llama pues á Francisco como á otro Moysés, para comunicarle sus voluntades. Vé, Francisco, le dice, y repara mi

iglesia, que amenaza ruina.

Pero, ¡ó mi Dios! ¿en qué circunstancias? Echad por un momento la vista sobre aquellos dias lúgubres, en que vió la iglesia salir de su seno á los albigenses, que mezclando con destreza el buen trigo con la cizaña, trabajaban sin cesar por obscurecer la belleza del santuario, persiguiendo á sus ministros, combatiendo y despreciando los dogmas, profanando y arruinando los templos, y ultrajando los mas augustos misterios; dias funestos, en que los enemigos de la religion, contratando alianzas con Federico y otros poderosos, se empeñaban con ardor en trastornar la iglesia por sus mas profundos cimientos; dias lamentables, en que los católicos mismos, por la relaxacion de sus costumbres, servian de tropas auxiliares para tan exécrable designio. Reinaba por todas partes la ambicion, la usura, la mala fe, la soberbia, el ódio, la venganza, el dolo y la injusticia. La sensualidad é

impureza, este vicio abominable que debería ser desconocido en el mundo, había tomado un ascendiente infeliz sobre todos los estados, de suerte que toda la carne, no menos que en tiempo de Noé, tenía corrompidos sus caminos.

En circunstancias tan difíciles elige Dios á Francisco, este nuevo Gedeon de la ley de gracia, que debia erigirle altares sobre las ruinas de Baal. ¿Le juzgais por ventura intimidado como á Moysés y Jeremías á vista de las gravísimas dificultades que la reforma del mundo le presenta? Nada menos. Fiel á la voz de su Maestro, se persuade como otro Pablo, que nada le es imposible, y que lo puede todo en el Señor, que le conforta. Su prudencia le sugiere las armas que debe emplear para una empresa tan árdua. No son poderosos exércitos, soldados agueridos, capitanes experimentados con los que pretende sujetar el mundo al imperio de la cruz. Verdadero imita-

dor del apóstol, no pone su confianza en el pomposo aparato de una vana elocuencia, mas propia para seducir que para formar el espíritu en sana doctrina; se gloria no saber mas que á Jesucristo crucificado; en su Nombre únicamente va á echar la red como el Príncipe de la iglesia para sacar á los mas grandes pecadores del abismo de su iniquidad. Medita sobre la raíz de todos los males, y halla que según S. Pablo es la avaricia, y que todos estudian en ella, como se explica Jeremías. Elige pues como medio necesario para contrarestar á este mónstruo la renuncia del mundo y de todos sus bienes aparentes. Sobre este sólido fundamento se propone instituir sus tres órdenes, persuadido á que cortado el mal en su raíz, era ya fácil el cumplimiento de los preceptos y consejos evangélicos. En consecuencia hecha eleccion de sus discípulos para enviarlos á evangelizar el reyno de Dios, les intima á imitación de Jesucristo, que renuncien de

todo, sin llevar mas equipages ni provisiones que lo que voluntariamente les quiera suministrar la piedad de los fieles, para renovar asi el espíritu de la pobreza y desnudez evangélica.

No faltó desde luego, ni aun en los últimos siglos han faltado quienes gradúen de ociosos y vagamundos á los que abrazaron en su origen y siguen en el dia esta generosa resolucion, acusando á los mendicantes de gente fanática, visionaria, molesta y perjudicial á la república. El abad de Fleuri, á quien los críticos de nuestros dias siguen en esta parte sin exámen, aunque venera la santidad de nuestro patriarca, no duda representarle como un buen hombre, seducido del amor propio, sin la prudencia y luces necesarias para penetrar el espíritu del evangelio, y que solo entendió materialmente ó segun la corteza aquellas palabras que Jesucristo dixo á sus apóstoles; conviene á saber: no poseais ni oro ni plata, ni trai-

gais dinero en vuestras bolsas; en las cuales, segun nuestro erudito historiador, solamente quiso prohibirles la avaricia.

No me permite el tiempo, P. Rmo., rebatir en esta hora una calumnia tan grosera, tan injusta é injuriosa no ménos á la infinita sabiduría de Dios, supremo Legislador, que á la prudencia singular de nuestro patriarca. Lo cierto es que si muchos intérpretes del carácter de nuestro pretendido crítico se hubiesen dedicado á ilustrar el evangelio, hubiera hecho éste progresos considerables, y tendria toda la luz necesaria en los puntos mas difíciles. Mas por desgracia nuestra semejantes expositores no se han aplicado á ilustrar las escrituras.

De cualquier modo la sola aprension, como dice un sabio, de tener que desprenderse del siglo, de sus rentas é intereses para ser perfecto, parece no causaba ménos tristeza en la imaginacion de nuestro crítico, que causaron

al jóven del evangelio aquellas palabras de Jesucristo: si quieres ser perfecto, vé y vende todo lo que posees, dalo á los pobres, y ven y sígueme; y estoy persuadido que nuestro sabio no hubiera salido mejor librado que Ananías y Safira, si hubiese tenido que ofrecer como éstos el valor de su patrimonio á los pies de S. Pedro. La prudencia cristiana, P. Rmo., dista mucho de los juicios de la carne, si se digna Dios comunicarla á los sabios y prudentes segun el siglo; antes sí para confundir su orgullosa sabiduría permite sea reputada de ellos por necedad, como se explica S. Gregorio.

Quería Francisco reparar el estado de perfeccion y de pobreza de la iglesia primitiva, y con singular prudencia instituye un pueblo nuevo, libre de la corrupcion del siglo, enemigo declarado de la avaricia y de la ambicion que ella inspira, y que hiciese florecer la sencillez apostólica. A este fin instruye á sus discípulos en las mismas

máximas que Jesucristo á los suyos cuando los envia á predicar el reyno de Dios.

Apenas este nuevo Moysés descende del monte con las tablas de la ley, el pueblo de Dios se multiplica aun en medio de las mismas persecuciones. De lo mas remoto de España, de Francia, de Alemania parte una multitud de jóvenes, que venidos á Italia, buscan á Francisco para decirle lo que el ejército de Judéa á Simon Macabéo: tú serás nuestro gefe, y nosotros harémos lo que tú nos mandes. Bien presto la Porciúncula, esta madre fecunda, no puede abrigar en su seno tantos hijos ilustres, viéndose precisada á derramarlos por otras muchas regiones á evangelizar el reyno de Dios, despues de haberse celebrado el primer capítulo general. ¡Qué gloria para Francisco verse en esta asamblea presidiendo á mas de cinco mil religiosos! ¡Quién no exclamaria con el profeta Balaam á presencia de

un semejante espectáculo, ¡cuán hermosos son tus pabellones, ó Jacob, y tus tiendas, ó Israel! ¡Qué gloria para Francisco, repito, ver salir del seno de su familia una multitud de obreros evangélicos á llevar el santo Nombre de Jesucristo á las regiones mas remotas, y á defender la religion con su palabra, con su pluma y con su sangre delante de los reyes y poderosos del mundo! Danieles, Simaringas, Buenaventuras, Antonios, Luises, Bernardinos, Capistranos, dadme aqui testimonio de esta verdad. El mundo, por mas corrompido en sus máximas, hará siempre justicia á vuestros trabajos apostólicos.

Pero estos son solamente los primeros ensayos de Francisco en orden á desempeñar su ministerio de reparador de la iglesia. Su amor se extiende á todo el género humano. Conoce que no todos pueden ser religiosos; que la sociedad debe ser tan durable como el mundo; que en la tierra

no menos que en el cielo debía haber diferentes gerarquías, y que no podia disputarse á la gracia el poder de santificar á cada uno en su estado. Dicitale pues su prudencia la institucion de un tercer órden que comprehendiese uno y otro sexó, el matrimonio y el celibato: un órden, como se explica un orador de nuestro siglo, donde pudiesen profesar los soldados sin abandonar las armas, los negociantes sin renunciar de sus comercios licitos, los magistrados sin dexar sus togas, los príncipes y los reyes sin degradar su trono, los pontífices sin deshorrar las tiaras; un órden en fin que admitiese tantas condiciones como el cielo. Pensamiento sublime, hijo no de una política carnal y mundana, sino de una prudencia evangélica, heroica y generosa, de una prudencia revelada no á los necios é ignorantes presumidos, sino á los párvulos en malicia, á los sabios humildes, como S. Agustin se explica; de una prudencia finalmente per-

fecta; cristiana y acreditada por Francisco en su gobierno para instruccion de sus hijos. Renovad aqui vuestra atencion. Dios quiere ser alabado en sus obras.

Bien quisiera Francisco vivir siempre baxo la sujecion y dependencia de súbdito; pero como Dios le destinaba para gefe de su familia, se vió precisado á inspirarle aquellas sabias máximas de gobierno que estimó conducentes al fin que se proponia; es decir, al logro de su salud eterna. Vela incessante; como reflexiona un sabio, sobre el rebaño que Dios le ha encomendado; sigue sus pasos, averigua sus intenciones, observa sus modales, vela sus exercicios, exámina sus ocupaciones, medita sus enfermedades, alienta, exhorta, ruega, reprehende, corrige. Enemigo de toda indiscrecion, nada manda que primero no observe; Heva el peso que impone, para no incurrir en la inconsecuencia de los fariseos, y enseña á obedecer por la obe-

diencia misma. La suavidad y la fortaleza, estos dos caractéres de la prudencia directiva del Salvador, son el objeto de la imitacion de Francisco en su gobierno. Manda á Fr. Pedro Caneano que suavice su rigor con estas notables palabras: ¿en qué conoceré yo que amas á Dios, y á mí su siervo? En que cualquier religioso que llegare con culpa, aunque sea un gran pecador, no se aparte de tu presencia sin misericordia, y aun solicítalo para que te la pida, ni le des otra penitencia que la que Jesucristo dió á la Magdalena: *vade in pace, et noli amplius peccare*. Lejos de nuestro patriarca la dureza imprudente, la crueldad farisáica, el afectado rigorismo.

Mas no por esto imagineis que aprobó Francisco la indolencia en el gobierno. Sabia disimular como varon prudente; pero jamas dexaba correr impunes los delitos por conservar aquella falsa paz de que se lamenta un profeta. La fortaleza, P. Rmo., no es

menos propia del superior que la dulzura; y la prudencia dicta que se conduzca de distinto modo con los frágiles que con los incorregibles, con los sumisos que con los soberbios, con los transgresores públicos de las leyes que con los ocultos.

En crédito de estas verdades vemos no rara vez á Francisco severo y fuerte, ya con Fr. Elías cuando se presenta en hábito profano, ya con su mismo compañero cuando forma juicio temerario de un pobre, ya con un anciano que habia escandalizado con impurezas á un jóven, ya en otras muchas ocasiones en que le dictaba su prudencia debia armarse de celo para reprimir el crimen, vindicar la inocencia, sostener con vigor la causa de Dios, y arreglar el fervor indiscreto.

El gobierno, PP. MM. RR., pide mucha discrecion, y es necesaria una singular prudencia aun para los ejercicios mismos de piedad. El vehemente fervor, dice S. Bernardo, precipita

cuando no va conducido por la prudencia. Hermanos míos, decia un dia Francisco á sus hijos, si se me hubiese consultado, yo hubiera examinado sus fuerzas y moderado su fervor. Asi hablaba con algunos que por sus mortificaciones excesivas se habian hecho inútiles á la religion, prohibiéndoles expresamente semejantes austeridades. ¡Ah cuánto seria de desear volviese aquel siglo feliz, en que se vió obligada la caridad á templar el rigor de la penitencia!

Asi conducia este siervo fiel y prudente la familia que Dios le habia encomendado sobre la tierra. Asi desempeñaba la gloriosa comision de reparador de la iglesia que su Señor le habia encargado. Conducta sábia, conducta siempre uniforme, que le hacia agradable á Dios y á los hombres, y que junto con las bendiciones del cielo, le grangeaba la estimacion de los pueblos. Todo el mundo le seguia, aplaudia sus consejos, veneraba sus

máximas, solicitaba su direccion: hasta el mismo sultán de Egipto, Meledin, este hombre fiero é inhumano por naturaleza, y cuyas manos teñidas aún con sangre de cristianos respiraban crueldad, trata á Francisco con la mas alta estimacion, le honra, le admira y franquea sus tesoros en vez de la corona del martirio que él buscaba.

Francisco sin embargo de ser un espectáculo de admiracion para el mundo, se considera á sí mismo como el objeto mas vil y digno de desprecio. Verdadero imitador de S. Pablo, este vaso de eleccion destinado á llevar el Nombre de Jesucristo á las naciones de la tierra, se juzga nuestro patriarca como un vaso inútil, digno del olvido. La humildad preside en todas sus obras. Si en Poreiúncula está á la frente de todos sus hijos, solo se distingue de ellos por la superioridad de su modestia. Si va á Roma á obtener la confirmacion de su regla, la humildad habla y solicita por boca de

Francisco. Si el papa no condesciende á su peticion al principio, con silencio humilde y modesto espera Francisco respuesta favorable. Si el pontífice aprueba su instituto, su humildad le hace evitar toda vana ostencion de gefe. Las raras virtudes con que Dios le distingue sirven á Francisco como un nuevo estímulo de humillacion en su presencia. La vanidad jamas corrompió sus méritos, y siempre se reputó á sí mismo como el mayor de los pecadores: ni creia tener otra cosa que virtudes imperfectas y vicios efectivos, mandando á uno de sus discípulos que le reprehendiese sus defectos, para balancear por medio de este lenguaje injurioso la veneracion que le daban. El espíritu de humildad, para decirlo de una vez, le impidió su ascenso al sacerdocio, haciéndole creer que era indigno de tan alta dignidad.

Mas el Señor le ensalzaba y distinguia á proporcion que él se humi-

llaba. Es costumbre de los grandes príncipes dar muestras de particular estimacion á sus validos. Yo no hablo aqui de las raras virtudes que distinguen á Francisco del comun de los santos. Hablo únicamente de la impresion de sus llagas con que le honró Jesucristo. Este nuevo Moysés descende del monte Alberna todo resplandeciente con las insignias del Redentor, caracteres augustos que le asemejaban al Crucificado, y que conservó gloriosamente todo el resto de su preciosa vida.

¡Que no pueda yo, señores, detenerme á manifestaros la singularidad de este privilegio, la fiel correspondencia de Francisco á tan grande beneficio, su infatigable solicitud por el bien de las almas, los rápidos progresos de sus tres órdenes baxo la prudente conducta de este llagado serafin, las grandes ventajas que ellas han producido en toda la iglesia católica, dilatando el imperio de la

cruz por el Asia, por la Europa, por Africa y por América hasta los confines mas remotos del mundo, sin otras armas que la pobreza y renuncia de todo lo terreno, la humildad, la obediencia, el amor á Dios y á sus hermanos!

Prudentes del siglo, sabios segun la carne, vosotros jamas podreis comprender cómo han podido subsistir por tantos siglos semejantes establecimientos, sin mas fondos por lo comun que los de su providencia. Mas entretanto que fatigais vuestra imaginacion carnal con discursos vanos, confesad á lo menos estos hechos que no podeis desmentir, pues ellos bastan á convencernos que son obra singular de Dios, concebida en sus eternos designios para reparacion de su iglesia, y revelada no á un sabio segun la carne, sino al humilde Francisco, que supo conducirla á su perfeccion por medio de una prudencia evangélica y de unas reglas que sir-

viesen de modelo á sus hijos, herederos sobre la tierra de su elevado ministerio.

Atendamos pues, os ruego, á la cantera de donde hemos sido cortados. No seamos ociosos admiradores de la prudencia celestial de nuestro padre. Si por tanto beneficio somos obligados á dar á Dios rendidas gracias, no perdamos jamas de vista tan singular maestro, procurándole imitar en todas sus acciones. Su fidelidad, su celo, su total renuncia del mundo, su dulzura con los delincuentes sumisos, su fortaleza con los rebeldes y soberbios, su humildad y desprecio de sí mismo, hé aqui los caracteres de la prudencia apostólica de Francisco, la economía santa, la sábia conducta que nos debemos proponer por modelo de imitacion en nuestras operaciones, ya como súbditos, ya como prelados. Lejos de nosotros todo afecto terreno, toda crueldad, toda venganza, toda ira, toda simulacion, toda avaricia,

el esplendor de la religion, conservaremos su espíritu, su perfeccion y disciplina evangélica, harémos cierta nuestra vocacion, estimable y glorioso nuestro nombre, nuestra vida feliz, dichosa nuestra muerte, y agradable á Dios nuestra accion de gracias. Amen. DIXE.